

PEDRO CATERIANO

—BIOGRAFÍA POLÍTICA—

VARGAS LLOSA,

su otra gran pasión

 Planeta

PEDRO CATERIANO

—BIOGRAFÍA POLÍTICA—

VARGAS LLOSA,

su otra gran pasión



Planeta

Introducción

Esta biografía política es una deuda que tenía pendiente con Mario Vargas Llosa. Por varias razones. Pero dos, principalmente. La primera, porque fui testigo directo de su campaña presidencial, así como del arrojo y de su valiente conducta en uno de los momentos más trágicos de nuestra historia reciente. Corría el año 1989. Estaba por terminar el calamitoso primer gobierno aprista presidido por el joven e inexperto Alan García. El país de entonces no solo vivía amenazado por el terrorismo de Sendero Luminoso y el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA), sino que el populismo, el estatismo y la demagogia de García habían quebrado al Estado, y vivíamos en medio de una incontrolable hiperinflación, la más alta del mundo en esa coyuntura. Era el colapso del modelo económico que había implantado la dictadura izquierdista del general Juan Velasco Alvarado, ocasionando un gravísimo daño al país, y que García había llevado a niveles apocalípticos.

Creí en ese momento —y sigo creyendo— en la sinceridad de Vargas Llosa. No lo percibí como un hombre, como algunos dicen, con el fuego necesario para ser presidente, pero sí puedo dar fe de su ejemplar compromiso cívico con el Perú, a pesar de que, como él mismo lo ha reconocido, en algunos momentos ha tenido sentimientos

encontrados por el país. Se vio obligado, en una circunstancia dramática, a asumir el reto de liderar un movimiento político y postular a la presidencia. No fue nada fácil tomar la decisión de poner entre paréntesis la creación literaria para descender al mundo de la política. Pero, una vez que la tomó, se entregó por completo a la tarea con la misma espartana dedicación con la que a lo largo de su vida ha realizado todos sus emprendimientos.

La derrota electoral en 1990 me causó una tristeza profunda, porque veía en ese momento que el país estaba perdiendo una oportunidad determinante para cambiar de rumbo y reconstruirse. Fui testigo del inmenso sacrificio personal de un hombre que, en la recta final, perdió doce kilos, que enfrentó las amenazas del terrorismo y la virulencia de una perversa campaña de demolición. Incluso, luego de las elecciones, también asistí a la continuación de la vil campaña que contra él, preliminarmente, había diseñado Alan García, con astucia y el uso impune de la mentira. Cosas para las que, hay que reconocerlo, el aprista tenía una singular e inigualable habilidad, inversamente proporcional (al menos en esos años) a la de gobernar.

Todo ello me abrió los ojos sobre cómo en política resulta a veces tan simple falsificar hechos, tergiversar situaciones, imputar falsedades de carácter penal contra las personas y utilizar maquiavélica e ilícitamente la maquinaria del Estado y los medios de comunicación con fines protervos. Fue, en suma, una campaña malévola que alcanzó en la segunda vuelta electoral el mayor nivel de cinismo —aunque ciertamente en la primera no dejó de haber contra el escritor un ataque constante—, pero que se prolongó más allá de las elecciones y llegaría a niveles de éxtasis luego del golpe de Estado de Alberto Fujimori, en 1992.

Vargas Llosa fue un adversario leal. Reconoció inmediatamente el inesperado triunfo de Alberto Fujimori, un ingeniero que llegó a la campaña presidencial sin plan de gobierno y cuyo verdadero objetivo era ser senador. Durante su etapa constitucional, de 1990 a 1992, Mario mantuvo un cauto silencio, una distante expectativa, porque era

consciente de que debía enfrentar una tarea titánica: salir del desastre ocasionado por el APRA en el poder, levantar un país casi destruido. Pero, naturalmente, su actitud cambió cuando Fujimori abandonó el cauce constitucional. Es a partir de ese momento, como lo cuento en el libro, que sin tener la necesidad Fujimori tomó por asalto todos los poderes del Estado (Congreso, Poder Judicial, Fiscalía de la Nación, Tribunal de Garantías Constitucionales, entre otras instituciones) y los medios de comunicación. Estos últimos no los confiscó como el anterior dictador, el general Juan Velasco, sino que, a través del uso siniestro de un capitán del Ejército condenado por traición a la patria y abogado de narcotraficantes, Vladimiro Montesinos, los sobornó y los sumó a una campaña de destrucción de la figura de Vargas Llosa.

Ciertamente, tuvo gran acogida el golpe de Estado perpetrado por Fujimori, cuando no había llegado a los dos años de su mandato. Y es que, al igual que en muchos países latinoamericanos, en el Perú no había —ni hay— una asentada cultura democrática. Ni en el sector ilustrado y menos aún en los sectores populares. Por eso, lo que ha predominado en el tiempo han sido las dictaduras. Nuestro récord de continuidad democrática no excede los veinte años continuos. La conciencia de que la Constitución debe limitar el ejercicio del poder, de que debe imperar el Estado de derecho, de que se deben acatar las resoluciones judiciales, entre otros principios democráticos, lamentablemente no forma parte de nuestra educación ni cultura. Pero, además, había un estado de desesperación producto de la situación en la que estábamos y, quizá por eso, considerando también nuestra escasa tradición democrática, la gente apoyó la ruptura del orden constitucional de Fujimori.

La condena del golpe por parte de Vargas Llosa fue acaso de las más firmes que se produjeron en aquellos días. Y como su figura tenía una presencia internacional verdaderamente importante, cuando tomó la decisión de pedir sanciones económicas para que no se consolidara la dictadura, el ataque se volvió brutal. No poco tiempo ha transcurrido desde entonces. Pero en este y otros casos que han sido

materia de trascendentales tomas de posición en la carrera de Vargas Llosa, y que abordo con detalle en las siguientes páginas, subsiste una falta de comprensión sobre los principios que han inspirado y guiado sus posturas políticas. Esta es la segunda razón por la que creo que era necesario dejar un testimonio de parte en el que se relataran los hechos y se desbarataran las mentiras. Entre ellas, las de quienes dijeron que Vargas Llosa era un traidor a la patria por pedir sanciones para el Perú. Hoy, esos mismos piden sanciones (o las justifican) para la Venezuela de Maduro o la Nicaragua de Ortega. Y les parece bien que se mantengan las de Estados Unidos contra Cuba. Todas las dictaduras hay que combatir las. No solo las de nuestros enemigos. Por eso, era justo y necesario escribir este libro.

Debo reconocer que intenté hacerlo varias veces. En 2008, la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC) publicó *Veinte peruanos del siglo XX*, libro que les propuse editar y que, como su nombre indica, reúne las biografías de peruanos destacados, entre ellos Mario Vargas Llosa, cuya semblanza estuvo a mi cargo. El libro acaba de ser reeditado en 2024, esta vez por la Editorial Planeta, con dos nombres más y bajo el título de *Peruanos ejemplares del siglo XX*. Aparece la misma reseña actualizada, que incluye algunos puntos de la tesina que escribí cuando hice mis estudios de doctorado en España. Mi trabajo se centró entonces en un aspecto de la campaña electoral peruana de 1990 poco profundizado y documentado: el vil espionaje telefónico y el seguimiento o reglaje que se le aplicó a Vargas Llosa. Cuando acabé mis funciones como ministro de Defensa, en 2015, luego de casi tres años en el cargo, y después de la segunda interpelación que se realizó en una legislatura extraordinaria, en la que enfrenté abiertamente al fujimorismo, lo primero que me dije es que era ya una persona poco útil para el Gobierno porque no me había callado y había denunciado los latrocinios de lo que en ese momento llamé el «fujiaprismo». Así que vi que era el momento apropiado para retomar la redacción de la investigación sobre Vargas Llosa. Se lo señalé también al presidente Ollanta Humala y me dijo: «Hay razones de Estado

para continuar. ¿Qué es más importante, continuar como ministro de Defensa en la recta final del litigio entre el Perú y Chile, en la que la Corte Internacional de Justicia de La Haya fijará el límite marítimo, o tu doctorado?». No fue una decisión sencilla. Me mantuve en el cargo. Tiempo después, cuando se agudizó la crisis política, terminé asumiendo el cargo de presidente del Consejo de Ministros. Ocurrió en un contexto en el que parecía poco probable que me dieran el voto de confianza, dada la correlación de fuerzas parlamentarias, pero lo obtuve. Lo que me permite hacer una digresión. Conmigo ha ocurrido algo curioso y no sé si también excepcional: me otorgaron la confianza para ser presidente del Consejo de Ministros en 2014, cuando la mayoría pensaba que no me la iban a dar, y para el mismo cargo me la negaron en 2020, en la situación de grave emergencia sanitaria nacional e internacional por la COVID-19.

Una vez que concluyó mi labor como ministro de Estado, quise retomar el proyecto de sustentación de mi tesis doctoral, pero en España habían cambiado las normas a nivel universitario. Se estableció que, para ser doctor, previamente se tenía que seguir una maestría. De modo que, si bien acabé mis estudios de doctorado y avancé un texto preliminar, no pude presentar ni sustentar la tesis sobre la campaña presidencial de Vargas Llosa. Sin duda, esa desilusión es otra de las razones que me animaron a escribir este libro.

Afortunadamente, a lo largo de estos años, he tenido la oportunidad de ser testigo de muchos acontecimientos importantes relacionados con la trayectoria de nuestro mayor escritor. Y, con el paso del tiempo, hemos ido desarrollando una cercana relación de amistad y respeto. Fundamentalmente, se ha basado en coincidencias ideológicas y políticas que se remontan a la gesta que inició él en 1987 contra la estatización de la banca, en un apoteósico mitin en la plaza San Martín de Lima. Al poco tiempo, y cuando nuestro escritor decidió fundar el Movimiento Libertad como la organización independiente que lo ayudaría en su aventura electoral, me afilié a él. Y como tal participé en cuanta actividad se organizó en la larguísima campaña. Pero

también he estado presente en los grandes momentos que ha vivido nuestro escritor luego de su aventura electoral.

Uno de ellos ocurrió en Estocolmo, en 2010, cuando recibió el Premio Nobel de Literatura. Más recientemente, cuando fue incorporado a la Academia Francesa, en 2023, algo con lo que él ni siquiera soñó. O cuando los alemanes le dieron el Premio de la Paz de los Libreros, en 1996. Gracias a ocasiones como estas he podido conocer más de cerca la calidad personal y el buen humor de Mario. Por ejemplo, cuando estábamos alojados en el emblemático hotel Frankfurter Hof, en Alemania, fui testigo de un divertido diálogo que mantuvo con Carmen Balcells, la mítica agente literaria de los escritores del *boom*, que Mario bautizó como Mamá Grande. «La verdad, Carmen, es que tú solo trabajas para tu engreído García Márquez», le dijo Mario, tomándole el pelo. También en esa ocasión departí con el escritor turco Orhan Pamuk, quien ganaría el Premio Nobel de Literatura en 2006, y con el gran escritor español Jorge Semprún, durante un almuerzo que ofreció el presidente de Alemania y en el cual bebí el vino blanco más rico que recuerde. Gracias a Mario he conocido a mucha gente notable, cuya amistad luego he cultivado. Podría mencionar a mi apreciado José Luis García Delgado, quien fue rector de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo en Santander, y a su esposa Raquel; a Juancho Armas Marcelo, quien es su más conocido biógrafo, y a su esposa Sazo; al gran escritor liberal y valiente periodista cubano Carlos Alberto Montaner y a su esposa Linda; al conocido escritor y periodista Arturo Fontaine y a su esposa Tamara, que también se dedica al periodismo. Además de todo el conjunto de liberales iberoamericanos, entre ellos, Lorenzo Bernaldo de Quirós y su esposa María, Gerardo Bongiovanni, Dora de Ampuero, Ian Vásquez y su esposa Lesley, Rocío Guijarro y el intelectual argentino Alberto Benegas Lynch (h). Y, en el Perú, a Diana Álvarez Calderón, a Miguel Cruchaga y a su esposa Cecilia, a Eva Arias, a Roberto Dañino, a Luis Bustamante Belaunde y a su esposa Inés, a George Gruenberg y a su esposa Teresa, a Rogelio Fernández y a su esposa Rosario, a Fernando

de Szyszlo y a su esposa Lila, a Luis Miró Quesada Garland, a Lucía Muñoz-Nájar, a Rosario de Bedoya, a Ramón Barúa, a Luis Llosa y a su esposa Roxana.

También por Mario he tenido la oportunidad de conocer a grandes personajes y escritores como Nélida Piñón, María Kodama, Jean-François Revel, José Emilio Pacheco, Plinio Apuleyo Mendoza, Jorge Edwards, Enrique Krauze, entre otros. Y a periodistas, como Luis María Anson, legendario exdirector del diario *ABC* de España, quien me abrió las puertas para colaborar con el diario *El Imparcial*; y Juan Cruz Ruiz, estudioso de la vida y obra del escritor arequipeño y amigo cercano del nobel, y al mediático Federico Jiménez Losantos, organizador de ilustrativas jornadas liberales. Al francés Jean-François Revel, uno de los siete intelectuales liberales que Vargas Llosa aborda en *La llamada de la tribu* (2018), pude invitarlo a Lima para participar de una jornada académica en la Universidad de Lima, cuando fui director de Asuntos Internacionales y Cooperación Externa de esa casa de estudios. Lo nombramos profesor honorario y me tocó pronunciar el discurso de orden.

He sido invitado, además, a eventos en los que ha participado el rey de España, presidentes de distintos países como José María Aznar, Julio María Sanguinetti, Sebastián Piñera, Álvaro Uribe, Iván Duque y Luis Alberto Lacalle, entre otros. Y eso, sin duda, me ha enriquecido en lo personal y me ha motivado a seguir el trabajo de Mario como difusor del pensamiento liberal en América Latina, que es algo que siempre destaco. Mario ha sido un hombre de acción en el ámbito literario y también en el campo político, que es el aspecto central de este libro. Pero, sobre todo, siempre ha sido muy generoso con sus amigos.

Nunca ha dejado de impresionarme el abrumador reconocimiento internacional que recibe por donde va. He caminado con él por las calles de París, Madrid, Buenos Aires y Nueva York, entre otras ciudades, y he sido testigo de que efectivamente es un peruano universal. Lo detienen para pedirle autógrafos, lo interrumpen mientras cena o lo saludan afectuosamente. Y también he asistido a sus

reconocimientos, a significativos y emotivos eventos académicos en los que le han conferido doctorados *honoris causa*. Por ejemplo, en la Universidad de Harvard, donde se realizó una ceremonia realmente impresionante por su gran y multitudinaria organización, a la cual concurrimos varios de sus amigos peruanos. Para entonces, la academia peruana no lo había reconocido en la misma dimensión. Las principales universidades del mundo le habían conferido doctorados, pero ninguna de su propio país. Un día de 1997 se lo comenté a la rectora de la Universidad de Lima, Ilse Wisotzki, y ella tomó la valiente decisión de plantearlo en el Consejo Universitario. Y obtuvo el voto aprobatorio. No fue fácil dar ese paso, porque eran los años de esplendor y conducta hostil contra Mario durante la dictadura de Fujimori y Montesinos. Por entonces, Fujimori, entre otras artimañas, usó a la Superintendencia Nacional de Aduanas y de Administración Tributaria (Sunat) para intentar amedrentarlo. También se denunció la desaparición de la correspondencia del escritor, que enviaba desde Europa al Perú. Su experimentado abogado y amigo Enrique Gherzi puede dar fe de ello. A tal punto que algunos de sus amigos más cercanos le sugirieron que mejor no viniera, que podría ser muy riesgoso.

Recuerdo que, por esa misma época, asaltaron mi despacho en el estudio de mi querido tío José Andrés Bellido, donde también trabajaba como abogado en ese momento. No me robaron nada, solo fueron a rebuscar papeles. Como suele ocurrir en esta clase de incursiones, dejaron todo regado por el piso simulando un caos. Me aconsejaron que no presentara una denuncia, para no armar un escándalo que hiciera peligrar el reconocimiento a Mario, y no la presenté. El hecho ocurrió unos cuantos días antes de la ceremonia del doctorado en la Universidad de Lima, y tuve la convicción de que fue una amenaza del fujimontesinismo. Le advertí a la rectora lo que estaba sucediendo. Ella me dijo: «Hasta los matrimonios se suspenden o cancelan. Seguimos adelante con el evento».

La ceremonia en la Universidad de Lima tuvo un cariz especial. Fue un momento cívico de adhesión a Vargas Llosa. Además, en un

pasaje de su sentido discurso agradeció el reconocimiento, pero dijo, con la fina ironía que lo caracteriza, que la decisión que había tomado la rectora no dejaba de tener una «pizquita de temeridad». Luego, otras universidades siguieron el ejemplo de la de Lima. La Universidad Nacional de San Agustín de Arequipa (UNSA) y la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM), su casa de estudios, que por prejuicios ideológicos y políticos no había reconocido a su alumno más ilustre, hicieron lo mismo. En ambos actos académicos también estuve presente.

Los mejores momentos en que he tenido el tiempo y espacio para dialogar con él han ocurrido en las largas caminatas por el malecón de Barranco o en el Club de Regatas Lima, donde luego nos quedábamos a nadar un rato, durante el verano limeño. Pero ha sido en estos últimos meses, cuando regresó a vivir a Lima y se produjo el reencuentro con su familia, que he tenido la oportunidad de caminar más seguido con él. Además, con el conocimiento de su parte de que estaba escribiendo este libro. Así, lo que empezó como un permanente diálogo sobre temas políticos generales a lo largo de los años, últimamente derivó en un repaso pormenorizado de su trayectoria y la evolución de su pensamiento, sabiendo que todo lo que me estaba contando sería recogido en estas páginas.

Todo empezó cuando un día, por sugerencia de mi hermano Pablo, me animé a preguntarle a Mario si podía grabar las conversaciones que veníamos sosteniendo para poder llevar un mejor registro de nuestros diálogos. Le dije que hacía años venía trabajando en ello, y que pensaba escribir y publicar un texto sobre su otra gran pasión, la política. Habiéndolo terminado ya de escribir, me animo a afirmar que esa es quizá la mayor novedad de este libro. Naturalmente, hay referencias a su obra literaria, pero la intención principal ha sido y es dar a conocer su pensamiento político e ideológico en el devenir de los años y abordar temas, muchos de ellos polémicos, que acaso no se han explicado suficientemente, o no de un modo documentado y sistemático.

Es necesario señalar que la mayor parte de las conversaciones que he tenido con Mario a lo largo de los años han sido fundamentalmente políticas. No solo de intercambio de ideas, de escuchar su punto de vista, de pasar revista a la actualidad, sino de detenernos también en las anécdotas. Y es que Mario es un gran narrador no solo cuando escribe, sino también cuando habla. Le interesa toda clase de detalles. Me acuerdo de que cuando estudiaba el doctorado en Madrid alquilé un departamento cerca de su casa. Entonces salíamos a caminar muy temprano, en medio del frío madrileño, y como a veces se iba de viaje, a su regreso siempre quería conocer todo lo que había sucedido, con la mayor meticulosidad posible. Eran los años del caótico gobierno del socialista José Luis Rodríguez Zapatero, que a veces me recordaba a Alan García por su irresponsabilidad y demagogia. Sosteníamos diálogos políticos de todo calibre. Los grandes temas y los pormenores del momento.

Aquel año que viví en Madrid, Mario y Patricia me acogieron. Yo soy un inútil absoluto en las labores de cocina, razón por la cual Patricia me entregaba todos los jueves una olla de arroz para mi semana, porque, como la mayoría de los peruanos, lo como casi a diario. Ellos no solo me invitaron a casi todos sus eventos, almuerzos y cenas, sino que me compartieron todas sus aventuras. Entre ellas el fútbol, sobre todo su fanatismo por el Real Madrid. Afortunadamente, y gracias a mi dilecto amigo Lorenzo Bernaldo de Quirós, tuvimos acceso al estadio Santiago Bernabéu y pudimos disfrutar juntos varias victorias del Real Madrid. Recuerdo también las generosas invitaciones que él me hizo para asistir a eventos importantes relacionados con el equipo de sus amores, porque Mario tiene una vinculación muy cercana con el Real Madrid. Cuando ganó el Premio Nobel, por ejemplo, le hicieron un homenaje en el que Mario bajó a la cancha a dar el *play* de honor con Iker Casillas. En el palco de honor lo acompañaron Florentino Pérez y las máximas figuras del club. Yo nunca he sido hinchas de la U, pero también fue un momento de gran emoción el haberlo acompañado al Estadio Monumental y asistir al gran homenaje

que le tributaron. Pronunció unas emocionadas palabras que hasta hoy retumban en los oídos de todo hinch crema.

Tiempo después tuve un diálogo académico con él, en la ciudad de Logroño, España, invitado por el grupo Vocento. El único que he podido tener. Mi gran amigo José Luis García Delgado me dijo que había la oportunidad de organizar un evento en La Rioja en el que yo podría entrevistar a Mario. Fue una jornada muy significativa para mí. No había tenido antes la oportunidad de dialogar públicamente con él cumpliendo un rol periodístico. Resultó excepcionalmente enriquecedor para mí el intercambio de pareceres ante un auditorio ávido de información sobre el nobel.

Con Mario y Patricia también he visitado museos en distintos países. Y a veces ocurrían hechos muy curiosos que reflejan la personalidad del escritor y la excepcional perspicacia de ella. Recuerdo que estábamos en Boston y Patricia le dijo: «Mario, llévate este billete de cincuenta dólares». Entonces le pregunté por qué se lo daba. «Es que Mario, cuando va a los museos, a veces se abstrae tanto cuando lo impresiona un cuadro que pierde el sentido del momento y se extravía, sobre todo cuando hay mucha gente. Entonces, una manera que tengo para que regrese a casa es precisamente darle un dinero», me respondió. Fue muy gracioso, porque en un momento en que había muchísimas personas en el museo, pasaron tres minutos y perdimos de vista a Mario. Ocurrió lo que Patricia había anticipado: no estaba. Cuando regresamos a la casa en el metro, lo encontramos bien sentado. «¿Qué pasó? No los vi y me vine», nos dijo.

Otro rasgo de ellos, como ya advertí, es su generosidad. Han sido espléndidos conmigo. Y siempre me han tenido presente para las grandes ocasiones. Las he mencionado: el Premio Nobel, la Academia Francesa, el doctorado *honoris causa* en Harvard, el Premio de la Paz de los Libreros en Fráncfort. Todos momentos muy intensos y significativos. Y, en cada uno de ellos, siempre Mario y Patricia han tenido detalles. Al poco tiempo de participar en la ceremonia en Estocolmo, me llegó a Lima una edición especial de la Real Academia Española

de la Lengua del discurso que pronunció Mario. Venía con una dedicatoria muy sentida y fraterna. Dicho sea de paso, la mayor parte de su obra la tengo dedicada con similar generosidad.

Recuerdo también que luego de haber recibido el Nobel viajamos a Arequipa. Fue inmensa la alegría de su pueblo. Lo recibió con un entusiasmo desbordante y pletórico de afecto. Eso lo impresionó tanto que tomó la determinación de donar su valiosa biblioteca a la tierra que lo vio nacer. En varias ocasiones, durante las caminatas que habíamos tenido en Madrid, había hecho presente sus dudas respecto a qué lugar o institución debía donar su biblioteca. Otros escritores prefirieron venderla para obtener un beneficio económico. Pero, en un momento tan excepcional como ese, él tomó la determinación de donársela a Arequipa, ciudad en la que si bien no vivió más de un año, lo marcó siempre a través de la historia familiar. En ese aspecto, la influencia de sus ancestros fue fundamental para que adquiriera la admiración y devoción que siente por la Ciudad Blanca.

Vargas Llosa ha vivido etapas y momentos de una gran y trepidante intensidad. Viajar con él podía llegar a ser una experiencia exigente y agotadora. Uno se pregunta cómo era capaz de tener ese ritmo: conferencias de prensa, debates, entrevistas, discursos y, al mismo tiempo, leer y escribir (literatura y sus columnas quincenales). No se detenía. Siempre medía el tiempo y, en algún momento, decía: «Bueno, bueno» o «Listo», y eso quería decir que el tiempo se había vencido y que tenía que ir a otra cosa. Muchas veces, esa otra cosa era leer o escribir. No dejó de llamarme la atención que, en medio de la convulsión de la campaña electoral de 1990, no haya dejado de apartar un tiempo para la reflexión y la lectura. Se lo criticaron más de una vez. Decían que cómo era posible que en plena campaña tuviera esos momentos de labor intelectual. No cabe duda de que esa disciplina explica cómo ha llegado adonde llegó. La aprendió en el colegio militar y le sumó al rigor académico que le inculcó su admirado Raúl Porras Barrenechea.

Fue precisamente el ver los frutos de esa vida intensa lo que me animó a visitar la Universidad de Princeton, como parte final del

trabajo de elaboración de este libro. Ahí están todos sus archivos personales: correspondencias, artículos, lo que escribía a mano y luego recién tipeaba, en épocas anteriores al uso de la computadora y al internet. Quería verificar datos y buscar todo lo que fuera necesario en la gigantesca documentación de Mario que obra en esa casa de estudios. La idea también era evitar cometer error alguno y hacer un trabajo responsable.

Los días en Princeton significaron para mí, tal como lo había imaginado, una especie de oasis que me alejó de la virulencia y la anarquía política del Perú. Lo que no sospeché en ningún momento es la gran intensidad emocional que implicaría la labor de sumergirme en los archivos de Vargas Llosa. De pronto, cuando tuve en mis manos las cartas de Octavio Paz y García Márquez, no solo ratifiqué la importancia que tenía para Vargas Llosa la amistad y lealtad con las ideas, sino también trajo el recuerdo de mi querido padre y su gran admiración por Mario, Paz y García Márquez. En ese instante, pensé en él y en cuánto le hubiera gustado que le contara la experiencia de revisar los originales de cartas escritas por genios de las letras que había leído con pasión a lo largo de su vida. Fue inevitable que derramara unas lágrimas ante las miradas sorprendidas e incrédulas de las pocas personas que se encontraban en la impecable sala de lectura.

También pude constatar lo fácil que era caer en la tentación de escudriñar en la vida novelesca de Mario Vargas Llosa. Pero pronto retorné al cauce del trabajo: la biografía política. Y me encontré con impactantes misivas que Octavio Paz le cursó a Mario, su compañero de batalla cuando rompieron con la Revolución cubana y empezaron a defender los valores y principios democráticos. En una de ellas, fechada el 4 de febrero de 1974, el premio nobel mexicano describió con claridad el enorme costo personal que aquella defensa trajo consigo: «Creo que estamos muy solos y que la perversión del socialismo —la lepra autoritaria— ha contagiado a muchos de nuestros amigos».

La correspondencia entre Mario Vargas Llosa, Gabriel García Márquez y Octavio Paz no solo refleja el afecto y la gran amistad que

los unía en ese entonces, también demuestra la admiración que el colombiano y el mexicano le tenían al novelista arequipeño. Fueron múltiples las ocasiones en las que ellos le requirieron a Mario su participación en conferencias, artículos y opiniones.

También fue muy ilustrativa la lectura del intercambio epistolar entre Vargas Llosa y José María Arguedas. Estas misivas demuestran la profundidad de la amistad que hubo entre ellos, además del respeto y la gratitud que Arguedas le tuvo a Vargas Llosa a lo largo de su azarosa vida literaria.

La revisión de esta documentación también ratifica la convicción de Vargas Llosa como escritor comprometido y a dedicación exclusiva. El premio nobel, por ejemplo, declinó ser embajador del Perú ante el Reino Unido cuando el presidente Fernando Belaunde le ofreció el cargo, al inicio de su segundo gobierno. Fueron similares las decisiones que adoptó cuando los presidentes Alan García, durante su primer gobierno, y Alejandro Toledo le ofrecieron coincidentemente la embajada del Perú en el reino de España. Y en el ámbito internacional, actuó de la misma forma cuando en España, los presidentes del Gobierno, José María Aznar y Mariano Rajoy respectivamente, le propusieron ser director del prestigioso Instituto Cervantes.

Haber revisado esos papeles me ha ratificado, por si hacía falta, por qué no me olvido que mi padre, cuando yo era muchacho, me hablaba de la disciplina de Vargas Llosa. Ya entonces era uno de sus distintivos. Mi padre contaba la anécdota de un famoso viaje a la playa de los escritores del *boom*, donde todos fueron a divertirse y que, cuando se inició la francachela, Vargas Llosa se retiró, tomó su máquina de escribir y se puso a trabajar. Yo también he sido testigo de ello. Lo he visto en las ocasiones en que él y Patricia han ido a la casa de playa que tengo en el sur de Lima, en Lomas del Mar, Cerro Azul. Mario se levantaba muy temprano, porque siempre ha sido madrugador. Salíamos a caminar, entraba al mar y mientras se alistaba el desayuno leía los periódicos. Luego, el resto de personas bajábamos a la playa hasta las dos de la tarde, para regresar a almorzar. Él recién

salía, pues se había quedado leyendo. En alguna ocasión, Juancho Armas Marcelo me dijo: «¡Qué necesidad tiene de no detenerse y trabajar sin descanso!». Y entonces, uno deduce que esta obsesión por el trabajo, por la labor intelectual, que tiene sus raíces en la disciplina militar, evidentemente va más allá, refleja su esencia como persona, intelectual y escritor. Por eso, pudo potenciar ese rigor y llevarlo a niveles verdaderamente estratosféricos e indetenibles.

La voluminosa documentación ilustra la agitada agenda internacional que tuvo Vargas Llosa. Por ejemplo, uno encuentra en su archivo en Princeton invitaciones para participar en eventos firmados por el expresidente de los Estados Unidos Gerald Ford, el expresidente de la República Portuguesa Mario Soares, el ex primer ministro de Israel Shimon Peres y de numerosos exmandatarios latinoamericanos para asistir a sus ceremonias de asunción de mando, tales como Patricio Aylwin y Sebastián Piñera de Chile, Óscar Arias y Rafael Calderón de Costa Rica, y Juan Carlos Wasmosy de Paraguay. El último encuentro que tuvo Mario con un jefe de estado fue con motivo de su incorporación a la Academia Francesa. Fue con el presidente de Francia Emmanuel Macron, en una cena en la que también participó el rey emérito de España Juan Carlos I.

Sin duda, Patricia ha sido una persona fundamental en su vida. Era la que dirigía toda la parte administrativa, una suerte de CEO de la actividad empresarial y productiva que rodeaba su literatura. Esa labor implicaba que Mario viajara permanentemente por todo el mundo. Sus horas de vuelo han sido impresionantes. No era fácil ubicarlo. No se sabía si estaba en Madrid, París, Washington o Buenos Aires. La vida de este hombre ha sido efectivamente la de un ciudadano del mundo. Pero, en un momento determinado, todo eso cambió notoriamente cuando se divorció de ella. Fue en esa etapa cuando empezó a usar un teléfono celular. Nunca había tenido uno. Repentinamente, un día, me llamó a contarme que había terminado un ensayo sobre el escritor español Benito Pérez Galdós (*La mirada quieta*, 2022), escrito en plena pandemia. «Te lo he dedicado», me

anticipó. Para mí representó un honor y un compromiso a la vez. La amistad, para él, siempre ha significado lealtad. Y siempre ha sido muy importante escucharlo destacar ese aspecto.

Cuando iba a presentar *La mirada quieta* en Madrid, viajé con mi hermano Diego, pero lamentablemente no se pudo realizar la presentación porque Mario se contagió de COVID-19 y tuvo que ser internado de emergencia en el hospital Ruber. Pero a los pocos días de haberse recuperado, tomó la decisión de ir a la Feria del Libro de Buenos Aires para presentar el libro ahí. Por supuesto, estuve presente. También Mario tuvo la generosidad de escribir un breve prólogo para mi libro titulado *Sin anestesia. Una década de lucha por la democracia*.

En la capital argentina nos dijo a Rafael Belaunde Llosa, Diana Álvarez Calderón y a mí que se iba a inscribir en Libertad Popular, el partido político que habíamos fundado los tres en compañía de un vasto grupo de jóvenes y amigos, y que estábamos en trámite de inscribir ante el Jurado Nacional de Elecciones, hecho que afortunadamente logramos. Esa adhesión ha sido su último y simbólico acto político, que obviamente nos honró, llenó de emoción e hicimos público.

Siempre me ha impresionado la manera como toma decisiones y las pone en práctica. Evalúa las cosas de acuerdo con sus convicciones, pero una vez que decide el curso de acción, no se detiene. Es como un tractor: solo avanza. Y esto, cuando lo traslada al campo político, a veces, la gente no lo comprende. Por ejemplo, su manía por la puntualidad. Generalmente, los mítines en el Perú nunca empiezan a la hora. Es una costumbre no escrita que todos entendemos. Sin embargo, durante su campaña, como era un maniático de la hora, quería ajustarse al pie de la letra al programa y salir a hablar a la hora señalada en el papel. Era muy difícil convencerlo de lo contrario.

Otro aspecto destacado es su capacidad pedagógica. No recuerdo una campaña presidencial en la que un programa de gobierno se haya elaborado con la disciplina y el profesionalismo que él propició ni que haya sido explicado a los electores con amplitud y sin el uso de mentiras. Creo, por eso mismo, que al final su participación fue decisiva

para el giro ideológico que tomó el Perú. Lo que expuso en su campaña tenía fundamento. Realmente creía en las ideas de la libertad y sabía por qué. No repetía un libreto estratégicamente diseñado para seducir a los electores. Y, al final, si bien no ganó en las urnas, venció ideológicamente tanto a Alberto Fujimori como a Alan García, sus dos más grandes rivales. Fujimori rectificó dramáticamente su oferta electoral ni bien llegó al Gobierno, aunque luego traicionó —él ejecutaba un plan económico en el que no creía realmente— esa libertad política que es indivisible de la económica, como todo verdadero liberal conoce y sostiene. Y García, hay que decirlo, de qué manera cambió de rumbo en su segundo gobierno, comparado no solo con el primero, sino también con lo que pregonó durante la campaña electoral, en la que prometió derogar el tratado de libre comercio (TLC) con Estados Unidos, que afortunadamente no se le ocurrió tocar.

Si algo se puede concluir de la trayectoria de Vargas Llosa, es que siempre ha librado una franca batalla ideológica y política, defendiendo las ideas en las que cree. En ese sentido, no solo ha exhibido una disciplina excepcional, sino también una conducta irreductible. No ha dado un paso atrás. Y ha demostrado, contra viento y marea, en las circunstancias más críticas, que siempre mantiene su punto de vista, no lo trasiega ni adapta al gusto del auditorio. Esta labor también se ha visto favorecida por su independencia. Vargas Llosa no se ha subordinado a un sector al que supuestamente se ha vendido, como la izquierda sostiene. Siempre ha actuado con criterio de conciencia e independencia. En ese sentido, se debe rescatar su contribución pedagógica como difusor del pensamiento liberal.

Así ha sido siempre, incluso en los años en que militó en el socialismo, y abogaba por la libertad de prensa y denunciaba los actos de censura. Sin embargo, Vargas Llosa se desilusionó y tomó distancia de la Revolución cubana que lideró Fidel Castro porque no representaba el socialismo en libertad, de inspiración sartreana, en el que él creía. Y cuando el tirano Castro violó los derechos humanos, el novelista no guardó silencio ni obvió esas acciones como otros escritores lo

hicieron, midiendo sus declaraciones, tratando de no perder el cobijo ni los beneficios de ser parte de la élite intelectual de la izquierda latinoamericana de las décadas de 1960 y 1970. Él, en cambio, denunció las tropelías y los abusos de la Revolución cubana (ya antes lo había hecho con el estalinismo soviético, a raíz de la invasión a Checoslovaquia) y rompió con ella cuando se conoció el famoso e ignominioso caso del poeta Heberto Padilla.

Vargas Llosa no solo es el peruano más universal, sino uno que ha vivido la gloria en vida. Llegar a ese punto es sumamente complicado. No es sencillo ser siempre el centro de atracción. Pero ha convertido esa fama, ese poder mediático del que goza, en un capital para influir en el campo de las ideas. Así ha sido desde que ganó el Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos por *La casa verde*, en 1967, y pronunció el recordado discurso «La literatura es fuego», en el que abogó por la libertad de pensamiento y creación de los escritores.

Mario no ha sido fácil para el elogio, como lo menciona Luis Bedoya Reyes cuando le manda una carta de felicitación. Inclusive, le pregunté una vez si José Luis Bustamante y Rivero era el político que más había admirado, y me respondió con laconismo: «Probablemente». Pero con quien no ha tenido ninguna duda es con Margaret Thatcher, quien fue primera ministra del Reino Unido de 1979 a 1990. Su admiración y devoción por la Dama de Hierro es excepcional. Ciertamente, también reconoce el papel que cumplió Churchill durante la Segunda Guerra Mundial y, en otro contexto, el de Nelson Mandela¹. En ese sentido, fue interesante que, cuando

1 Vargas Llosa considera a Nelson Mandela como un caso excepcional y extraordinario en medio de tantos políticos corruptos. Señala que, tras practicar el terrorismo, el nobel de la paz reflexionó durante los veintisiete años que pasó en la cárcel y llegó a la conclusión de que se había equivocado. Renunció entonces a la idea de expulsar a los blancos de Sudáfrica e inició la difícil tarea de persuadir y convencer a sus seguidores de cambiar radicalmente. Señala Vargas Llosa:

viajó a Sudáfrica, visitara la celda que este ocupó y ponderara el papel que jugó. Mario siempre ha tenido esta especie de fetichismo por visitar las tumbas de los personajes que han tenido algún peso en su recorrido vital o en la historia. Lo atestigua su foto con Julia Urquidí en la tumba de Marx que se incluye en este libro. Es decir, a lo largo del tiempo ha tenido una suerte de conexión con aquellas personas que han influido notoriamente. Pero, sin duda, en el ámbito político la Thatcher ocupa un lugar prominente. Y, en lo que toca a la doctrina liberal, destacan los siete pensadores que más han influido en él y que reseña y analiza en *La llamada de la tribu*.

En lo personal, en los momentos difíciles siempre estuvo presente la voz de Mario. Me acuerdo que recibí una llamada suya cuando ocurrió el golpe del 5 de abril y Fujimori cerró inconstitucionalmente el Parlamento (yo era entonces diputado por el Movimiento Libertad, que él fundó). Entonces no existían las comunicaciones ni la tecnología que hoy tenemos. En algunas otras oportunidades me ha enviado faxes, por intermedio de Patricia. Recuerdo, sin embargo, un consejo que me dio en Madrid y que tomé como un reto. Fue luego de que le contara los detalles de lo que viví como integrante de la comisión investigadora sobre el supuesto enriquecimiento ilícito del expresidente Alan García, que formó la Cámara de Diputados apenas concluyó su mandato. Me dijo: «Pedro, las palabras pasan, los libros quedan. Creo que estás obligado a escribir una crónica que deje constancia de este trabajo. No solo porque es la primera vez que acusan constitucionalmente sobre un supuesto enriquecimiento a un presidente, sino porque a lo largo del tiempo se cambian y se tergiversan los hechos; la

Ese caso demuestra que la política también puede hacerse con altruismo, con sensibilidad social. Mandela no usó la política para enriquecerse ni para aferrarse al poder; la usó para producir un cambio radical que mejoró esa sociedad tan compleja y tan enconada como era la sudafricana. Fue un gran político que además nació en el Tercer Mundo. Nos dio un gran ejemplo de lo que debe ser la política (Vargas Llosa, 2017, p. 193).

polarización y el enfrentamiento político tienden a cambiar las cosas. Por eso, la importancia de los libros». Fue a raíz de esta recomendación que tomé la decisión de escribir *El caso García*, un libro que cumplió a cabalidad lo que Mario me propuso: dejó constancia de un dramático y vergonzoso hecho para nuestra historia republicana, el de un presidente embarrado en la corrupción. Y cuando estalló el caso Lava Jato, el libro, cuya primera edición se publicó en 1994 con gran éxito, se reeditó por iniciativa de Editorial Planeta, alcanzando una mayor acogida y divulgación hasta convertirse en un *longseller*. No cabe duda de que Vargas Llosa me aconsejó con una visión prospectiva y olfato político certero.

Otro momento difícil para mí fue cuando, en 2020, asumí por segunda vez el reto de ser presidente del Consejo de Ministros, y el Congreso no me extendió el voto de confianza. Recuerdo que llegué al Parlamento a las nueve de la mañana y salí a las seis y media de la mañana del día siguiente, luego de exponer mi programa de gobierno y ver cómo las fuerzas políticas se alineaban para crear un clima de inestabilidad política en el Gobierno, que meses después derivaría en una inconstitucional vacancia presidencial. Cuánto le ha costado al país la irresponsabilidad política de aquellos sectores que maltratan la Constitución y han envilecido la institución presidencial. En aquella ocasión, la primera llamada que recibí fue la de Mario para preguntarme cómo me había ido. Al responderle que no había recibido el voto de confianza, se quedó en silencio por un breve lapso, quizá unos pocos segundos, y luego me dijo: «Es el país que nos ha tocado, pero tenemos que seguir dando la brega». Eran momentos en que me estaba recuperando del golpe recibido y sentí en él la solidaridad y el dolor del amigo, como cuando se da un pésame sentido. Para mí, esa llamada tuvo un gran significado. Fue una nueva ocasión en que me demostró su aprecio.

Recuerdo también cuando, muchos años antes, lo visité en Boston, había terminado de escribir *El pez en el agua* (1993) y me entregó el texto que iba a publicar. Confieso que no dormí en toda la noche. Leí

con pasión y voracidad ese libro, que es un testimonio de su vida y también de su campaña electoral. Me demostró con ello la confianza que me tenía. No recuerdo haberle hecho ninguna crítica o recomendación, pese a que me dijo que si veía que algo se le hubiera pasado, se lo dijera. *El pez en el agua*, además de ser un testimonio personal, es una obra que ayuda a comprender la complejidad del Perú en el contexto de una campaña presidencial. Ese es también un aporte de Mario. Él trabajó con disciplina, no se corrió de los debates, enfrentó la maquinaria aprista con todo su ejercicio brutal e ilícito desde el poder, a un Alan García frenético y desorbitado que a toda costa buscaba la impunidad, y no se rindió, no transó, no pactó, no aceptó una presidencia sometida. Es el mejor ejemplo de que nunca hay que rendirse ni claudicar en la defensa de los principios. En política, lo mostró Mario y yo he tratado de seguir su ejemplo: nunca hay que correrse.

A lo largo del tiempo, su compromiso político y cívico con el Perú ha sido activo y permanente. No ha eludido dar a conocer sus opiniones en contextos electorales, pero lo ha hecho con extrema fidelidad a sus principios, sin el menor cálculo personal, pidiendo el voto por aquellos candidatos que, considerando las opciones disponibles, no ponían al país al borde del abismo o a merced de una dictadura comunista. En algunas de esas ocasiones, ante el clásico dilema de una segunda vuelta electoral, llegó a solicitar que nos tapáramos la nariz al momento de votar o señaló cuál era el mal menor.

En varios procesos electorales sus intervenciones han sido determinantes, hecho que han usado sus enemigos o adversarios para criticarlo, especialmente cuando los presidentes traicionaron a sus electores cometiendo actos delictivos. ¿Los millones de electores son los responsables o las personas elegidas? Sin duda, son los presidentes elegidos quienes cometen la traición. Si bien es cierto, el voto es un acto de responsabilidad y confianza, los causantes de la convulsión política de los últimos años, por actos de corrupción, son los mandatarios. Fueron ellos los que incumplieron sus compromisos y deberes constitucionales.

Mario ha tenido conmigo muchas demostraciones de confianza. Pero la mayor ha sido cuando se divorció de Patricia Llosa, la mujer más importante de su vida. En un contexto en que su trámite de divorcio no se lograba concretar, me contactó en Madrid, donde yo estaba de paso, y me dijo que quería hablar conmigo urgentemente. Fui a la casa de Isabel Preysler y me contó el caso. Yo le dije que no veía divorcios, que esa área del derecho nunca la había manejado, pero podía recomendarle a un abogado para que lo asesorara en Lima. Entonces, me dijo que previamente quería que conversara con el abogado que veía el tema en Madrid y que tenía el contacto con el estudio de abogados en Lima. A él le manifesté lo mismo que a Mario, que iba a contactar a un abogado de mi confianza. Y fue así como en un tema tan delicado y duro confió en mí. Es en esas ocasiones difíciles que uno llega a comprender el comportamiento de las personas. Esa etapa felizmente ya pasó. Luego ha venido el reencuentro con Patricia, que me alegró mucho, y la unión nuevamente con su familia.

En los últimos años, su comportamiento ha sido más afectuoso. Él siempre ha sido muy formal en el trato, pero en tiempos recientes lo he sentido más próximo. Ha sido un privilegio y un honor tener una relación de cercanía con él, al mismo tiempo que de goce intelectual. A veces, cuando caminábamos y la gente lo interrumpía para tomarse fotos y perdíamos un poco la ilación del diálogo, veía que él la recuperaba rápidamente. Estaba verdaderamente interesado en el trabajo que venía haciendo y eso me estimulaba a seguir en el proyecto de este libro. Tengo la convicción —los lectores lo juzgarán más apropiadamente— de que valió la pena.

Aún es muy prematuro juzgar en toda su magnitud la labor de Vargas Llosa en el ámbito ideológico y político. Este libro tiene un propósito más modesto: ayudar a comprenderlo. Al mismo tiempo, busca acercar a los lectores a la vida y la obra de Vargas Llosa. Tengo, en ese sentido, la satisfacción personal de haber pagado una deuda a un queridísimo amigo que tanto me ha dado y tanto ha dado a sus millones de lectores, no únicamente en el terreno literario, sino en el

de las ideas políticas. Los juicios históricos son difíciles de realizar sin la suficiente distancia temporal, pero creo firmemente, ahora que su obra está completa, que la historia le guardará un espacio de especial consideración a Mario.

Ciertamente, esta no es una biografía política autorizada. Mis opiniones reflejan los juicios de valor y la crítica —en algunos casos como actor, en otros como observador o testigo— de hechos políticos sobre los cuales existen coincidencias y, a veces, también diferencias. Sin duda, las primeras son mayores que las segundas, pero sobre todo lo son el aprecio y la admiración que guardo por un entrañable amigo, que no solo es el mayor escritor que el Perú ha dado a las letras universales, sino que es, sobre todo, un valiente defensor de la cultura de la libertad. Por ello, cuestiona permanentemente a aquellos que emplean el término *neoliberalismo*. Según el novelista arequipeño, es utilizado como una etiqueta para caricaturizar y atacar el liberalismo y hacerlo responsable de todas las calamidades.

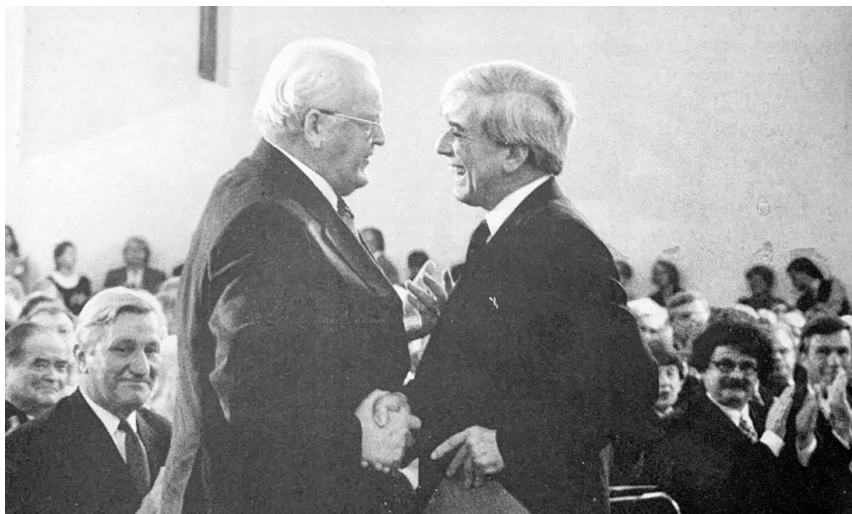
La inagotable tarea pedagógica de defensa y promoción de la libertad es un aporte fundamental de Vargas Llosa, quien sin duda ha contribuido en el proceso de formación de una cultura democrática.



Lima, 1987. Mario Vargas Llosa en la plaza San Martín, en su primer mitin político.



Robben Island, Sudáfrica, 1990. Con sus hijos Álvaro y Gonzalo en la celda de Nelson Mandela.



Fráncfort, 1996. Con el presidente de Alemania, Roman Herzog, cuando Vargas Llosa recibió el Premio de la Paz de los Editores y Libreros Alemanes, en la Feria del Libro de Fráncfort.



Lima, 1987. La primera foto con Vargas Llosa, tomada en casa de mis padres, luego de la manifestación de la plaza San Martín.



Con los expresidentes del Gobierno de España, José María Aznar y Mariano Rajoy.

Jerma 143-601, México 5, D. F.

A 4 de febrero de 1974.

Querido Mario:

Volví a México hace una semana y una de las primeras cosas que hago es contestar a tu carta del 11 del mes pasado. No sabes la alegría que me causa saber que tú apruebas a veces mis ideas. Creo que estamos muy solos y que la perversión del socialismo -la lepra autoritaria- también ha contagiado a muchos de nuestros amigos. Casi desde que tengo uso de razón me preocupa y me angustia ese problema: la transformación del marxismo de levadura de libertad en ideología opresora- y la fascinación que ejercen las filosofías autoritarias sobre los poetas y los artistas. Ayer Neruda, Aragón, Eluard y tantos otros. Hoy, como si nada hubiera pasado, muchos de nuestros amigos aplauden a los nuevos césares. Lo peor es que la enfermedad afecta sobre todo a los jóvenes.

Muchísimas gracias por el envío de Postdata. La revista es muy interesante. La vuelta al pensamiento libertario -incluso si los planteamientos anarquistas resultan a veces simplistas e ingenuos- me parece saludable. El tema del Estado nunca fue explorado por Marx y sus sucesores. Estaban cegados por su economismo. Creían que la esfera de lo político no era sino una superestructura de las relaciones económicas y sociales. Ahora sabemos que no es cierto. Y lo más curioso es que la refutación de esta idea marxista ha corrido a cargo de los "socialismos" contemporáneos; lo mismo en la Rusia de Stalin que en la China de Mao o en la Cuba de Castro, la nota distintiva ha sido y es la primacía de lo político sobre lo económico.

El fragmento sobre Madame Bovary me interesa muchísimo, como todo lo que haces. Lo espero. Tu colaboración en Plural es esencial.

Carlos salió ayer rumbo a Washington. Le han dado una beca que le permitirá terminar su novela. Está encantado, como siempre, y muy feliz con la aparición -habría que decir quizá: epifanía- de su hijo Carlos Rafael. ¡Ahora sí ya se completó la Santísima Trinidad de los Fuentes!

Saludos a los dos, de Marie José y de *Mi*

Camino que te ilumina y lo quiero
Octavio

Carta del premio nobel de literatura Octavio Paz a Vargas Llosa, en la cual hace referencia a lo que él denomina «la lepra autoritaria», luego de que ambos rompieran con la Revolución cubana.



Con la rectora de la Universidad de Lima Ilse Wisotzki y con el autor de esta biografía política, el día que Vargas Llosa recibió el primer doctorado *honoris causa* que le concedió una casa de estudios en el Perú.